

son tan fáciles de hacer como difíciles de probar. Un juicio ó fallo que condena, debe fundarse en hechos demostrados, no en presunciones ni conjeturas.

Apliquemos ahora estos principios á los abrahemitas de Bohemia.

La acusacion de adamismo contra los picardos y hereges de aquellas regiones, está consignada en gran número de historiadores, entre otros Aneas Silvio (Pío II), Cochleo, Dubravios, Pilaz y Moravet (4). Ha llegado á decirse que en virtud del testo evangélico en que Jesucristo manifestó á los fariseos que los publicanos y mugeres de mala vida les precederian en el reino de Dios (2), la depravacion de costumbres era un título de admision entre aquellos sectarios.

En las Memorias de la Sociedad de ciencias de Bohemia, hay una de Dobrowski que rechaza las acusaciones de adamismo intentadas contra los abrahemitas; segun este autor, formaron una nueva secta denominada del *Espíritu puro*, que presenta mucha analogia con la del *Espíritu de libertad* existente en el siglo XIII; creian además tener en sí mismos la fuerza moral necesaria para dirigirse; mas en su conducta no ve cosa alguna digna de reprension (3). Sin embargo, graves autoridades contradicen esta suposicion de Dobrowski, asegurando que los abrahemitas, desterrados por orden del emperador, residian casi todos en la ciudad de Pardubitz é inmediaciones. Pertenecian á la secta de los adamitas que aun existen en los círculos de Bidschow, Chrudimer é Iglan; que como eran

(1) Aneas Silvio, epist. 130 al card. de Carvajal, é *Hist. Bohem.*, c. 3, p. 122, y el c. 41.—*Historiae Hussitarum*, libri 12, per Joannem Cochlaeum, in fol. Maguntiae, 1549, p. 148 y 218.—Dubravius, *Hist.* libro 6, p. 217. *Moraviae historia*, etc., parte segunda, p. 6, nota 9.

(2) Matth. XXI, 31.

(3) *Abhandlungen der böhmischen gesellschaft der wissenschaften* etc., en 4.º, Prag. und Dresden, 1789, p. 300-343.

hombres sin costumbres y sin luces, no tenían sistema fijo en materia de Religion, y que la divergencia de sus ideas sobre el particular no podía reducirse á ningun análisis. Por lo tocante á las costumbres, se tiene por constante que el pudor y el lazo conyugal no tienen á sus ojos ningun valor. La promiscuidad de uniones da el ser á hijos, á quienes sus embrutecidos padres educan, no como cosa propia, sino como seres cuya debilidad reclama su proteccion. Los adamitas viven diseminados en los bosques y montañas, en cuyas guaridas pueden sustraerse á la vigilancia pública tanto por el misterio en que se envuelven, como por el secreto con que verifican sus asambleas. No ocultaremos tampoco, que aunque la opinion de Dobrowski esté combatida por una multitud de autoridades, no por eso le faltan partidarios. «Actualmente, dicen estos, no existen en Bohemia ni husitas ni adamitas, y aunque los historiadores del país hacen mencion de estos últimos, una juiciosa crítica empieza á dudar si han existido en algun tiempo. La Bohemia, además de los católicos, contiene aunque en menor número, luteranos y reformados. Entre los reformados se cuentan algunos miles de individuos llamados deistas, que no admiten revelacion alguna. Esta clase de hombres carece absolutamente de instruccion, ni leen mas libros que la Biblia, á pesar de considerarla como una obra puramente humana, y algunos escritos de los *Hermanos Bohemios*, de quienes son descendientes; pero á fin de gozar de la tolerancia concedida por José, profesan esteriormente el protestantismo. Créese que procuran distinguirse por la aparente observancia de sus deberes; pero tambien por su conducta reservada y por una invencible adhesion á sus erróneas creencias. Como las tentativas hechas para atraerlos con dulzura á nuestra Religion han sido infructuosas, y por otra parte no inspiran temores, el gobierno parece ha tomado

el partido de hacer como que ignora su existencia. Presúmese que su deísmo data desde la guerra de los treinta años, y que habiéndose visto obligados en aquella época á abrazar la Religion católica que detestaban, han quedado sin instruccion ciento cincuenta años. Tambien se les da el nombre de *Nihilistas*, para significar que no creen en nada.

Hé ahí los desórdenes que engendra el olvido de la Religion, que á un mismo tiempo es la fuente y sancion de la moral. No debe, pues, causar á nadie admiracion el celo que los pastores emplean en mantenerla y propagarla, porque sin Religion los pueblos degeneran, al paso que con su divino resplandor se civilizan. Si José II hubiese tenido siempre esto presente, no se habria por cierto obstinado en su ceguedad de destruir las bases del imperio de la Religion de Jesucristo. Pío VI por su parte proseguia aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban de hacer tocarse el emperador con la mano sus propios errores, y con este objeto continuaba su correspondencia con él. Los embajadores de Francia y España, al ver que tantos pasos dados por el Pontífice eran infructuosos, se imaginaron que este comprometia su dignidad y carácter (1).

«No, no puedo comprometerme, respondió el Santo Padre, por hacer cuantos esfuerzos pueda para sostener la Religion. Preciso es que yo emplee el único medio que hay en mi poder para conseguir que el emperador acceda á nuestras reclamaciones, y nada tenga yo por mi parte que acusarme ante Dios y ante los hombres. Si el emperador me trae engañado con vanas promesas, él es quien hace mal, y sobre él deberá recaer la vergüenza. Mas el temor de no conseguir nuestras justas demandas no debe desviarnos de nuestro deber que nos las ordena.»

En aquellos momentos Pío VI se hallaba en una crisis alarmante. José, fiel á su siste-

ma de espoliacion, habia nombrado, sin contar con la Santa Sede, arzobispo de Milan al prelado Visconti, á pesar de haberse convenido entre ellos que el Papa propondria los sugetos que habian de ocupar las sillas episcopales, que el emperador haria su presentacion y que el juez apostólico las confirmaria. No podia, pues, resolverse Pío VI á confirmar este nombramiento, y por otra parte temia un cisma, que el emperador veia acaso venir sin ningun sobresalto. Algunos aconsejaron al Santo Padre hiciese decir al emperador, que mediante su recomendacion el sugeto que presentase seria preconizado arzobispo de Milan en el primer consistorio. Los que esto aconsejaban, creian que era licito valerse de este pequeño artificio para salir de aquella embarazosa situacion; pero el Soberano Pontífice consideró este medio como indigno de la magestad de la Santa Sede: pensó que seria inmoral buclarse así de la verdad; que un artificio era una mentira; que semejante paso, envileciéndole á los ojos del emperador y del mundo cristiano, no haria mas que retardar un momento el peligro de su posicion y agravarla para lo porvenir; y que finalmente, ya no quedaria otro recurso que romper con el emperador, ó estar continuamente condescendiendo con sus deseos destructores de todos los derechos de la Santa Sede. Tales fueron las razones por las que renunciando el Pontífice á las cartas confidentiales, que el emperador habia algunas veces divulgado y aun hecho imprimir varios pasages de ellas, le envió un breve solemne en el que usaba con entereza el lenguaje propio del Gefe de la Iglesia. Las *Memorias filosóficas* sobre la vida de Pío VI suponen que su carta le fué devuelta desde Viena sin contestar una sola palabra; mas este proceder se aviene mal con la urbanidad de José, con la conducta que observó respecto del Papa y con el viaje de que vamos á hablar.

(1) *Historia de Pío VI*, p. 136-150. Algo extraño parece que para devel-

ver la visita á Pio VI, eligiese José el momento en que tantos disgustos causaba á la Santa Sede; pues además del asunto de Milan, el Pontífice tenía que quejarse de que el emperador, sin contar con su autoridad, acababa de dar nueva circunscripción á los obispos de sus Estados; había abolido los seminarios diocesanos dejando únicamente cinco ó seis en otras tantas grandes ciudades, había dado un decreto mandando quitar las imágenes de los templos; había suprimido los impedimentos dirimentes, establecido otros nuevos y permitido el divorcio en algunos casos. Al mismo tiempo trataba con el mayor despotismo á cuantos se atrevían á contrariar sus miras. No habiéndose mostrado favorable el piadoso arzobispo de Goritz, Mr. D'Edling, á tales innovaciones, el emperador suprimió su Sede, le exigió que presentase su dimisión, y viendo que no quería hacerlo, le mandó salir para Roma. El emperador reservaba las dignidades de la Iglesia para los admiradores de sus sistemas, alentaba á los escritores para que los defendieran, y sostenía en Pavia una reunión de teólogos tales como Natali, que procuraban rebajar á la Santa Sede y reformar la enseñanza, hacían revivir los escritos de los apelantes franceses, preconizaban su doctrina y sostenían un espíritu de oposición, de queja y de declamación, que se encaminaba á turbar, debilitar y esclavizar á la Iglesia. En tanto que el emperador tomaba estas funestas medidas, el príncipe Kaunitz se permitía amenazas públicas. Este ministro duro, inflexible y orgulloso, alentaba al emperador en sus tendencias filosóficas, y le inspiraba los mas violentos proyectos. Acerca de su resistencia al Papa se expresaba con mucha mas amargura y vivacidad que el mismo emperador. Había ya dicho con bastante claridad, que si el Padre Santo se empeñaba en no preconizar á Visconti, sería preciso reunir á los obispos lombardos y hacer que con arreglo á la práctica de la primitiva Iglesia diesen la

institucion canónica á los sujetos que el emperador nombrase; y que si la corte de Roma se incomodaba, se rompería absolutamente con ella. No ignoraba el emperador que sus atentados contra la autoridad espiritual producian en Roma una sensacion que no le era favorable y que se hablaba de su persona con toda la amargura del disgusto; mas sin embargo, se atrevió á arrostrar todas estas disposiciones poco favorables, ó se lisonjeó que lograría cambiarlas. Salió de Viena el 6 de diciembre de 1783, dejando encargada la direccion de todos los asuntos corrientes al príncipe de Kaunitz, y despues de haber anunciado oficialmente que iba á emprender un viaje indispensable sin decir su objeto. Solo hubo algun indicio del punto á donde se dirigía, al ver que llevaba consigo muchos documentos relativos á sus desavenencias con la corte romana. Dirigió su marcha por Clagenfurt, en donde se detuvo algunas horas con su hermana la archiduquesa María Ana, y despues de atravesar el Tirol, Mantua y Bolonia, llegó á Florencia el 48. El rey de Suecia, que estaba viajando con el nombre de conde de Haga, se hallaba tambien en esta ciudad, y estaba á punto de partir para Roma. Pio VI sabia esta circunstancia, y había hecho salir un correo á su encuentro. José hizo al conde de Haga, á quien no profesaba ninguna simpatía, una verdadera trastada propia de un pago. Anticipóse á él algunas horas: encontró al correo, hizo que le tuviese por el conde de Haga, y entró en Roma con este nombre el 23 de diciembre. Su ministro cerca de la Santa Sede, que era el cardenal Herzan, se hallaba muy embarazado para conciliar los deberes de su ministerio con los de individuo del Sacro Colegio. El asunto relativo al arzobispado de Milan le tenia en la mas estraña perplejidad, cuando el emperador vino á apearse á las puertas de su palacio. En medio de su estremada sorpresa lo contempló mas bien como un libertador que como soberano,

y se sintió aliviado de un enorme peso al verse desembarazado de la responsabilidad de aquel terrible negocio que no podia ya menos de ser tratado directamente entre ambas potencias.

José había estado ya otra vez en Roma en 1769. Entre las personas que entonces había visto, llamó particularmente su atención el caballero Azara, representante de la corte de España, sin duda á causa de la conformidad de sus opiniones filosóficas. Sin dar cuenta á nadie, escribió á este caballero solicitando tener con él una conferencia aquella misma noche, é indicando que el punto de su cita podia ser alguno de los teatros de Roma. El señor Azara se apresuró á satisfacer los deseos del emperador. Entretanto este se hizo conducir por su embajador al palacio pontificio, á donde aún no había noticias de su llegada, y si de la del rey de Suecia, cuya visita se estaba esperando por momentos. De repente se avisa al cardenal Pallavicini que el emperador acababa de llegar: el cardenal duda de lo que oye, y el Papa apenas puede volver de su sorpresa. Con la mayor prontitud se trató de preparar á José un recibimiento digno de él, y aun se estaba en estos preparativos, cuando el emperador se presentó á la puerta del Santo Padre, vestido de uniforme.

Pio VI, aunque no dispuesto para tan brusca visita, encontró en sus hábitos y nobles maneras la dignidad necesaria para recibirla convenientemente, y en su corazon todos los sentimientos que eran menester para hacerlo de un modo afectuoso. Los ojos del Pontífice no vieron en el emperador un adversario, sino un huésped ilustre, á quien recibió con todos los testimonios de solicitud, satisfaccion y cordialidad. Despues de una conferencia bastante larga, descendieron juntos á la Iglesia de San Pedro, y el Papa le ofreció un reclinatorio al lado del suyo; pero José rehusó este honor modestamente y se arrodilló dos pasos detrás del Pontífice. Al salir del templo fué á ver el Mu-

seo acompañado de los dos sobrinos del Papa, y de allí á poco se dirigió al palco designado por el representante de España. La conversacion que con este tuvo fué interrumpida por varios personajes que se apresuraban á hacerle la corte, y entre ellos fué uno el rey de Suecia. El emperador, despues de haber recibido los cumplimientos de todos, salió del palco en compañía del señor Azara, pasó á ver á varias de las señoras romanas que asistian á la representacion, devolvió la visita al rey de Suecia, y llevó á dicho caballero á un lugar retirado para comunicarle un plan que, segun decia, iba á llenar de asombro á la Europa.

Tratábase nada menos que de una escision absoluta (1). José pretendia haber combinado todo el plan y previsto las consecuencias. Acaso tambien creia haberlo inventado, cuando en realidad no hubiera sido mas que el ejecutor testamentario del patriarca de Ferney. Para llevarlo á cabo creia contar con el consentimiento y cooperacion de treinta y seis obispos de sus Estados. Su intencion era dejar ilesos los dogmas y la gerarquía; pero iba á sustraer á sus vasallos á la supremacia pontificia, que á su modo de ver no afectaba á la esencia de la Religion, ni para mas servia que para causar turbulencias, y acaso para reproducir los furores del fanatismo. Los rayos de Roma no le eran ya temibles: llamaríanle cismático; pero nada le importaba. Las iglesias serian menos ricas, el clero mas ejemplar, los frailes mas escasos.... de manera que todo iba á ganar con la mudanza, la tranquilidad pública, la moral y hasta la misma Religion. La Francia ejecutó posteriormente estos planes de José, y ya se ha visto cuáles han sido los resultados para la tranquilidad pública, para la moral y para la Religion. Torrentes de sangre han inundado la tierra, las leyes de la naturaleza han sido desconocidas, derribados

(1) *Memor. histor. y filosof.*, t. 1, p. 331, etc.

los altares y sus ministros bárbaramente degollados hasta en el santuario.

Costóle no poco trabajo á Azara hacer conocer al filósofo coronado los inconvenientes de una tan brusca resolución, y persuadirle que los Papas aun no estaban *maduros* y que el golpe que iba á dar podía tener funestas consecuencias para su autoridad; que si no temia el fanatismo de Roma (asi se llamaba en el lenguaje filosófico el afecto á la Religión), no podía menos de temer el que aun dominaba en gran parte de sus propios Estados.

Estas observaciones, por parte de un hombre cuyas intenciones y principios no podian serle sospechosos, hicieron alguna impresion en el emperador. Retiróse, pues, de la conferencia con disposiciones algo menos hostiles. No sabemos si reveló tambien este plan al cardenal de Bernis; pero lo cierto es, que siempre trató con las mayores consideraciones á este representante de Francia, dispensándole al parecer una ilimitada confianza. «Yo amo personalmente á Pio VI, le dijo; es un excelente sugeto. Creo que actualmente me daría el indulto que hasta aqui me ha negado para nombrar arzobispo de Milan, asi como proveer todos los beneficios consistoriales de la Lombardia; mas no quiero aceptar como un favor lo que me pertenece por los derechos de mi soberanía. No tengo yo la culpa de que mis predecesores hayan sido tímidos. Yo habia pedido al Papa este indulto por consideracion hácia él, no como una gracia para mí. Él me lo ha negado, y sin embargo á Luis XV se le ha concedido sin dificultad un indulto semejante para la isla de Córcega.»

El cardenal trató de calmarle haciéndole comprender la diferencia que habia entre el caso presente y el que el emperador acababa de citar. Hizo al mismo tiempo valer los derechos de posesion, sin los cuales no habria ni reposo ni propiedad en el universo. Dijo que los reyes no tenian mas títulos ni mas garan-

tías de sus coronas que la posesion, y que asi en los palacios como en las cabañas era este derecho el que infundia mas seguridad, por cuya razon debia ser mas precioso á los soberanos que al resto del mundo. El emperador replicó que habia ya tomado su partido y que le seria muy desagradable llegar á ciertos extremos. «Por lo demás, siguió diciendo, el Papa es un excelente hombre en cuanto al fondo, tampoco puede negarse que tenga talento; pero acaso no sabe que los tiempos han cambiado. Yo no me apresuraré; pero tampoco pienso retroceder un solo paso.»

En los seis dias que el emperador pasó en Roma, tuvo varias conferencias de este género, tanto con el cardenal de Bernis, como con el caballero Azara, y tambien una muy animada y larga con el mismo Pontífice: en ella hicieron uno y otro valer sus derechos y sus pretensiones con igual ardor. Ocupáronse principalmente en la cuestion del nombramiento para el arzobispado de Milan, y de todos los beneficios consistoriales de la Lombardia. José llegó á Roma bien decidido á pasarse sin la concesion que el Papa no habia creído deber otorgarle, porque en cierto modo hubiera sido lo mismo que enagenar los derechos de la Santa Sede, de que Pio VI no era mas que depositario y usufructuario. Claro está, pues, que el emperador estaba resuelto á tomar por la fuerza lo que no le era posible alcanzar de la condescendencia del Pontífice. Sin embargo, las observaciones del embajador de Francia, cardenal de Bernis, le hicieron impresion, y al fin se redujo á solicitar el indulto, pero de un modo que pareciese menos una concesion que un derecho. Al partir de Roma para Nápoles el 29 de diciembre dejó plenos poderes al cardenal de Herzan para firmar un convenio por el cual el Papa *cederia* á S. M. I. el nombramiento para los obispados de Lombardia, *conforme al derecho inherente á la soberanía*. Estos términos implicaban contradiccion. Si este supuesto derecho pertenecia al empera-

dor como soberano, el Papa no podia *cederse* lo, pues sabido es que no se puede ceder sino aquello que se posee. Hubiera, pues, debido decirse que el Papa abandonaba el goce y la posesion de ello ilícita y usurpada. Mas el Padre Santo estaba muy lejos de avenirse con las máximas y principios que se habian inculcado al discípulo de los filósofos, y es probable que el cardenal de Herzan no se hubiera atrevido á proponer semejante transaccion.

A su regreso de Nápoles volvió el emperador á pasar algunos dias en Roma, y de nuevo se agitó la cuestion del indulto. Cada uno de los dos adversarios se presentó en esta especie de duelo religioso y político con una mezcla de condescendencia y de firmeza. Sin embargo, la escision hubiera sido inevitable, si ambos no se hubieran conocido tan íntimamente. Asi pues, bajo este punto de vista puede decirse que el viaje del Santo Padre á Viena fué de conocida utilidad para la Iglesia. Algunos impulsos de buen afecto hácia un Pontífice, que tan acreedor se habia hecho á su benevolencia, fueron calmando poco á poco la efervescencia del emperador. Redactó personalmente el plan de un tratado, que Pio VI no tuvo por conveniente admitir, creyendo comprometido el interés y el honor de la Santa Sede. En vista de lo cual José no pudo contenerse y retirando con despecho el papel, exclamó: «¿Por qué hemos de andar en convenciones? Somos amigos y lo seremos; pero cada cual hará en sus propios Estados lo que mejor le parezca.» El Papa respondió con vigor: «Pues bien, si V. M. manda consagrar al arzobispo de Milan sin la institucion canónica, quedará rota toda union con ese prelado, y su iglesia será tratada como la de Utrecht.»

El emperador pareció quedar desconcertado. Hallábase en aquella crisis, que en fuerza de sábios consejos habia podido evitar. Despues de un momento de reflexion volvió á tomar el plan del convenio, lo examinó, discutió e hizo franqueza. Cierta dia, hablando el emperador

con calor varias observaciones, y finalmente ambos negociadores lo redactaron por sí mismos en latin, y de este modo se arregló el concordato que debia poner un término á sus diferencias. La cancilleria pontificia añadió las fórmulas de costumbre y entregó un ejemplar al emperador la víspera de su marcha. No tardaremos en demostrar que el Papa logró atraer al emperador á los términos del convenio anterior que habia arreglado lo concerniente á los obispados de Milan, de manera que Pio VI pudo por esta vez gloriarse de haber doblegado la inflexible filosofía.

Una ligera nube vino sin embargo á interponerse entre ambos soberanos, y fué el emperador quien la suscitó, hablando al Papa de un proyecto que pensaba poner en ejecucion sin levantar mano, porque este monarca no pensaba sino en innovaciones. Quería tener en sus Estados muchos vicarios generales, y á fin de dotarlos manifestó al Papa que iba á apropiarse los diezmos y algunas otras rentas que varios obispos limítrofes poseian en Austria. Pio VI contestó con firmeza que estos no se avendrian á semejante convenio. «Pues bien, replicó el emperador; yo haré que se avengan.» Esta contestacion, no teniendo mas que un interés del momento, no tuvo consecuencias.

A pesar de estos ligeros altercados, el Papa y el emperador quedaron mutuamente satisfechos entre sí. No acababa el Pontífice de alabar al emperador que, asi alli como en Viena le habia hablado sin la menor reserva sobre todo lo que no interesaba á sus diferencias, particularmente sobre todo lo relativo al personal de los soberanos de Europa. «No se puede ser, decia el Pontífice, ni mas afuente ni mas discreto. En una palabra, añadía el Papa, José dice lo que quiere, pero no siempre todo lo que piensa.» Por lo tocante á objetos que no interesaban á las prerogativas de la Santa Sede, el Papa usaba tambien de notable franqueza. Cierta dia, hablando el emperador